

El genio en su lugar



Kenshinkan dôjô 2020

Aunque no le dedica uno solo de los extraordinarios ensayos de su libro *El genio del lugar*, Luis Racionero no se olvida de nombrar en él a quien fuera uno de sus autores predilectos: Oscar Wilde. A decir del escritor catalán, el poeta inglés fue el mejor conversador de su tiempo y, desde luego, una de las cimas de la literatura. De él cuenta que, interpelado por uno de sus admiradores acerca de algún detalle de su obra, *Salomé*, el *dandy* le espetó: “*En el trabajo solo pongo mi talento, el genio lo guardo para mi vida*”. Toda una declaración de intenciones que escondía el alcance de su mirada, una atención que iría más allá de su talento como autor y extrapolaría al pulso mismo de su existencia.

Conocí a un maestro de Budô que forjó su leyenda sumando años de formación junto a un líder carismático, otro *sensei* a quien había sucedido en el desarrollo de sus funciones, dirigiendo aquella que había sido su escuela con una disciplina espartana seguida por multitud de fieles, alumnos diligentes que le acompañarían hasta el final de sus días. A la enseñanza, más que completa, que recibiera de quien fuera su guía durante décadas, él aportaría otros contenidos que no harían sino reforzar sus ya de por sí dilatados conocimientos.

Aquel insigne profesor había esculpido su trayectoria gracias a una inquebrantable voluntad, compaginando años de instrucción con intensas jornadas laborales, adaptando horarios profesionales a su *keikô* diario, atendiendo a las necesidades familiares sin objeción y ocupándose de sus responsabilidades sociales. Su vida se había convertido en un ejemplo de orden, un orden que también establecería en la transmisión de sus enseñanzas sistematizando materias, organizando grupos, publicando libros, realizando exámenes, expandiendo su escuela hacia otras latitudes, etcétera.

Aunque el maestro no era un hombre especialmente hábil, o intelectualmente notable, los resultados obtenidos eran más que evidentes. No obstante, a pesar del eco internacional de su escuela, él nunca abandonó su lugar de nacimiento: un pequeño pueblo situado en la campiña de Kantô, en el Japón central, donde residió toda su vida llevando una existencia frugal y sencilla.

El ejemplo de este maestro me condujo a buscar en otros sus talentos y genialidades, siendo de manera casual que me encontré con alguien que hacía honor al primero de estos apelativos de una forma más que evidente. En efecto, aquel magnífico karateka había superado todas mis expectativas. Antes de conocerle ya había leído acerca de él y de su trabajo, un trabajo en el que había superado las influencias de sus predecesores -todos ellos grandes exponentes del Karate tradicional de Japón- compilando todo un conjunto de katas de creación personal en el que demostraba fehacientemente cuáles eran los principios y cuáles los fundamentos técnicos de su escuela: un estilo de Karate que brillaba con luz propia.

Desde el principio pensé que un trabajo de ingeniería como el que presentaba aquel extraordinario sistema no podía provenir sino de alguien con un talento fuera de lo normal. Una persona con tales capacidades tendría que ser alguien verdaderamente inteligente, como en realidad sucedía, alguien que, además de dirigir su propia

organización internacional de Karate, desempeñaba su actividad profesional como directivo de una compañía japonesa de ámbito mundial.

No obstante, a pesar de ser un hombre con innumerables valores en lo profesional y absolutamente talentoso en el ejercicio del Karate, observaba su vida fragmentada, según se expresara como ejecutivo, maestro o divulgador. Nunca, hasta el momento presente, he conocido a nadie que tuviera la frescura mental, la habilidad natural y las capacidades físicas que poseía aquel *sensei*. Su figura ha sido para mí el mayor ejemplo de talento que he encontrado en el contexto del Karate tradicional, aunque desde ahí a la genialidad de la propia vida había que transitar un espacio que, al menos yo, no encontré en su persona.

Guardo para mí el recuerdo de un maestro de Budô que sí puso el genio al servicio de su vida. En efecto, ya fuera en el ámbito de la amistad, la cultura, el viaje, el Budô, las ideas o el humor, aquel *sensei* vivía en la genialidad. De esta manera, no hacía falta hablar específicamente de Budô, para aprender Budô de altura; no había que filosofar de forma expresa para escuchar verdadera Filosofía; el humor, por su parte, no estaba reservado a la hora de la tertulia, podía tomar forma en cada instante; en cuanto a las ideas, éstas surgían en los momentos más inverosímiles; en relación a las explicaciones técnicas, llegaban acompañadas de conceptos de física cuántica, arte, humanismo o relatos de exploración geográfica; finalmente, los libros se abrían paso una y otra vez a colación de todo lo anterior, incluyendo las relaciones humanas o la espiritualidad.

No ha sido, ni con mucho, el mejor de los técnicos que he conocido en mi vida, pero la capacidad de reunir conceptos venidos de uno y otro ámbito y hacerlos cohabitar, la facilidad de confabular personas e ideas y juntar en torno a ellas una historia común edificante, la conexión de lo uno con el todo y de lo grande con lo diminuto, la visión de conjunto por encima de las perspectivas reduccionistas, la linealidad y coherencia con la que vivía su vida, tomara ésta una u otra dirección, me hizo ubicarle, siempre, en ese lugar en el que tan pocos viven: la genialidad.

Como el gran Oscar Wilde, también él, más allá de variables, habilidades, gustos o saberes, había sabido guardar su genio para ofrecerlo al don de la propia vida.

Kenshinkan dôjô 2020